

## DISCUSIONES

## *Los Reyes de Roma entre la leyenda y la historia\**

JORGE MARTÍNEZ-PINNA  
Universidad de Málaga

La época monárquica romana constituye sin duda un interesante tema de estudio en el que por la lejanía en el tiempo y las dificultades documentales que ello conlleva, resulta difícil —por no decir imposible— conciliar las diferentes opiniones, aun cuando estas sean de carácter general. Quizá una de las raíces del problema se encuentre en la imposibilidad material de aplicar un método rígido que conduzca a conclusiones por completo satisfactorias. La naturaleza de las fuentes de información disponibles impide tratarlas de forma similar a las pertinentes a otras épocas de la historia de Roma, donde ya es posible manejar testimonios más o menos directos, o en todo caso no sometidos a una permanente duda sobre su valor histórico. Bajo condiciones tan particulares, de hecho resulta casi inevitable que el estudioso que se enfrenta a la Roma primitiva no se deje seducir por hipótesis mal o poco contrastadas, por un exceso de imaginación y, en no pocas ocasiones, por la pasión del investigador novel al pretender descubrir la panacea que ponga fin a todas las incertidumbres. Esta es probablemente una de las lacras que pesa con mayor gravidez sobre estos estudios, pero al mismo tiempo, y de manera un tanto paradójica, sirve también de estímulo para avanzar en los conocimientos y no caer en una oscura desesperanza. Por todo ello, el especialista en este ámbito de la historia romana no sólo debe permanecer atento a las novedades que se suceden, tanto documentales como metodológicas, sino que asimismo ha de vigilar su propia conciencia como historiador.

---

\* Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación PB 97-0297 financiado por la DGESIC del Ministerio de Educación y Ciencia.

Es en este contexto donde se sitúan las últimas contribuciones de Jacques Poucet al problema histórico de la Roma primitiva. En 1985 nos sorprendió este autor con una densa y muy documentada obra sobre los orígenes de Roma que en momento alguno pretendía ser un nuevo intento de reconstrucción histórica, sino que revestía una acentuada impronta metodológica<sup>1</sup>. Siguiendo la estela dejada por esta obra, J. Poucet nos ofrece ahora una exposición sistemática de sus ideas ampliada al conjunto de la época monárquica, pero con especial interés en los tres últimos reyes que cierran la lista tradicional, a saber los dos Tarquinius y Servio Tulio, y el nacimiento de la República<sup>2</sup>, obra que constituye el motivo central de este comentario. El esquema es muy similar en una y otra, pues en ambas J. Poucet aborda el problema de la tradición analística como fuente de conocimiento histórico para los orígenes y primeros siglos de Roma. En ellas el autor afronta abiertamente la supuesta historicidad del relato tradicional y analiza los factores que determinaron su composición, lo que le permite considerar con ojo crítico diferentes aproximaciones metodológicas puestas en práctica por los historiadores modernos en el uso de esas mismas fuentes.

Si en la primera de estas obras J. Poucet negaba a la tradición toda posibilidad de reflejar la verdad histórica, ahora, al integrar en el ámbito de su estudio la época arcaica romana, las cosas cambian ligeramente, pues los analistas podían disponer de fuentes de información más fiables y diversas, situación que todavía mejora con la llegada de la República y las primeras manifestaciones de la historiografía pontifical. Pero en cualquier caso predomina idéntico principio metodológico: para ser aceptado como vehículo de verdadero conocimiento histórico, el relato de los antiguos debe ser sometido a la prueba de datos independientes, ajenos por completo a ese mismo relato. Aquí se incluye no sólo la arqueología, cuyo testimonio constituye un vivo retrato de la época, sino también otras informaciones procedentes de fuentes no analísticas, de la toponimia, de la religión, del derecho, etc. Para llegar a este punto, Poucet desgana con precisión las enormes dificultades que, por razones de su composición, presenta el texto

---

<sup>1</sup> J. Poucet, *Les origines de Rome. Tradition et histoire*, Bruxelles, Facultés Universitaires Saint-Louis, 1985.

<sup>2</sup> J. Poucet, *Les Rois de Rome. Tradition et histoire*, Bruxelles, Académie royale de Belgique, 2000, 517 pp.

analístico como supuesto portador de una realidad histórica. Y ciertamente no se puede negar que tiene razón, pues en muchos aspectos la narración que se lee en Livio o en Dionisio de Halicarnaso tiene un valor más literario que propiamente histórico, como es comúnmente aceptado. En este sentido, la intención de Poucet es muy positiva, pues supone una continua y fundamentada advertencia ante la realidad de los excesos en los que tan fácilmente se incurre a la hora de proponer una interpretación sobre la historia más antigua de Roma. La postura que adopta Poucet ante esta cuestión es extraordinariamente firme, alegando que el método de la crítica histórica no puede diferir a tenor de la época objeto de estudio: «S'il [el historiador moderno] veut suivre les règles de la critique historique appliquées dans tous les autres secteurs, il ne peut échapper á une conclusion inquiétante, qui est de devoir refuser aux récits sur les origines et les premiers siècles le statut de source historique fiable»<sup>3</sup>. Al hilo de estas consideraciones, J. Poucet critica en otro momento la actitud adoptada por no pocos autores al aceptar la historicidad global del relato tradicional: «Mais cette intime conviction que les récits traditionnels doivent contenir de l'Histoire est en réalité un postulat, qu'on accepte comme point de départ, sans éprouver la besoin de le démontrer»<sup>4</sup>. En definitiva, todo lo que transmite la tradición analística debe ser confirmado por otros medios antes de su aceptación como hecho auténtico.

Nadie puede negar que una posición de este tipo es perfectamente lícita, pero en mi opinión resulta a la vez un tanto exagerada. En efecto, si se modifica el punto de observación, es posible volver el argumento en sentido contrario, pues no estaría fuera de lugar que en vez de negar de entrada la validez de todo el relato tradicional, habría que demostrar previamente su falsedad. Y este último objetivo, si la tradición es comprendida de manera global, es prácticamente imposible de alcanzar, pese a los esfuerzos que parece dedicar J. Poucet a tales propósitos. Ciertamente es debido a las condiciones que han determinado la composición del texto analístico, perfectamente analizadas por nuestro colega belga, y como éste ha llegado hasta nosotros, su historicidad levanta serias dudas en muchísimos de sus elementos. Sin embargo, esta constatación no puede llevarnos a una actitud de absoluto agnosticismo de cara a la tradición. Totalmente

---

<sup>3</sup> J. Poucet, *Les Rois de Rome*, p. 93.

<sup>4</sup> J. Poucet, *Les Rois de Rome*, p. 132.

cargado de razón señala Poucet numerosos casos de falsedad histórica que se encuentran en los textos antiguos, y a esta lista se pueden añadir muchos ejemplos más. Pero es indudable que junto a estos es posible situar otros que presentan apariencia de verdad, si bien esta última puede presentarse más o menos disfrazada por las propias circunstancias que concurren en la elaboración de la tradición. Se hace por tanto necesario demostrar primero la falsedad de estos hechos que no rechazarlos *a priori* como fabulaciones de los antiguos.

Hace escasas líneas transcribía la razonada y pertinente afirmación de J. Poucet de que el historiador de los orígenes de Roma no puede ampararse en las características de la documentación y situarse así al margen de los criterios que rigen la crítica histórica. Sin embargo, no es menos cierto que ese mismo historiador, aun afanándose igualmente en el principio fundamental de la búsqueda de la verdad histórica, no puede pretender idénticos objetivos concretos que el resto de sus colegas, pues en definitiva no dispone de suficientes elementos de juicio. Y si los canales de información son diferentes, también el método de trabajo ha de exigir determinadas peculiaridades. De ahí la idea según la cual el estudio sobre los orígenes de Roma tiende casi a convertirse en una subespecialidad dentro del campo general de la Historia Antigua, a lo cual Poucet no parece ser totalmente ajeno<sup>5</sup>. Un ejemplo que viene al caso del asunto que ahora discutimos se encuentra, según creo, en la cuestión de si los reyes cuyos nombres transmite la tradición fueron o no personajes históricos, tema sobre el cual he tenido ocasión de tratar otras veces<sup>6</sup>, y que quizá sea conveniente retomar, aunque sólo sea por alusión al título del libro de Poucet.

Aunque parezca una tautología, ningún estudio sobre el siglo 1 d.C. se plantea la demostración de la historicidad de los emperadores Julio-Claudios. Sin embargo, este beneficio no se otorga a la lista de los reyes, sino que más bien al contrario, se da por sentada su falsedad excepto en sus últimos representantes. Ahora bien, que yo sepa, no existe texto moderno alguno que demuestre tal afirmación de manera rigurosa, a no ser que se pretenda dar por buenas aquellas posturas decimonónicas que de forma

---

<sup>5</sup> Véanse por ejemplo M. Pallottino, *Origini e storia primitiva di Roma*, Milano, 1993, p. 8; J.-C. Richard, en *Gnomon*, 68, 1996, p. 432. Cf. J. Poucet, *Les origines de Rome*, p. 126.

<sup>6</sup> «La tradición literaria sobre los orígenes de Roma», *Gerión*, 4, 1986, p. 336; «Aspectos de cronología romana arcaica», *Latomus*, 48, 1989, pp. 803 ss.

absurda veían en los reyes antiguas divinidades decaídas a un aspecto humano, o que establecían una inexistente relación entre los siete reyes y las siete colinas de Roma<sup>7</sup>. Se puede recordar al respecto el radical cambio de opinión sobre Tarquinio Prisco, tenido hasta hace no mucho tiempo como un desdoblamiento del otro Tarquinio y cuya existencia real muy pocos se atreven a negar en la actualidad<sup>8</sup>. De la misma manera, considerando que tres monarcas constituían un caudal demasiado escaso para el siglo VI, no faltan intentos por sentar en el trono de Roma a otros personajes cuya supuesta cualidad regia no encuentra refrendo en documento alguno. El principal elegido para esta privilegiada condición es sin duda el Cneve Taryunies Rumay que figura en los frescos de la tumba François de Vulci<sup>9</sup>, aunque nada se observa en las pinturas que permita reconocer en Cneve a un rey<sup>10</sup>, sino que su presencia en ese acontecimiento se explica perfectamente como representante de la familia que entonces gobernaba en Roma, bien a título oficial, bien como un privado. Otras soluciones en principio menos arriesgadas es aceptar que en efecto reinaron otros Tarquinios, pero sin especificar nombres<sup>11</sup>, o bien conservar la lista tradicional pero modificando la cronología absoluta, que se vería sustancialmente acortada<sup>12</sup>. Pero estas posturas están dictadas más por una lógica relativa que por los documentos, por lo que entran mejor en el campo de lo posible que no en el de lo probable. Por otra parte, si se acepta, como parece ser común, que las fuentes de información para el siglo VI comienzan a disfrutar de

<sup>7</sup> Cf. las acertadas críticas a estas opiniones que ya expusiera en su momento G. De Sanctis, *Storia dei Romani*, vol. I (nueva ed.), Roma, 1980, pp. 362 ss.

<sup>8</sup> Sobre la cuestión, J. Martínez-Pinna, *Tarquinio Prisco*, Madrid, 1996, pp. 63ss.

<sup>9</sup> Sin necesidad de elaborar una lista completa, se cuentan entre los defensores de esta opinión, entre muchos otros, G. De Sanctis, *Storia dei Romani*, vol. I, p. 379. A. Alföldi, *Early Rome and the Latins*, Ann Arbor, 1965, p. 207; P.M. Martin, «Le souci chronologique dans la tradition sur la généalogie des Tarquins», en *Aion. Le temps chez les Romains*, París, 1976, pp. 55 s.; Ch. Saulnier, *L'armée et la guerre dans le monde étrusco-romain*, París, 1980, p. 100.

<sup>10</sup> Cf. E. Gjerstad, «Discussions concerning Early Rome. 3», *Historia* 16, 1967, p. 273; T.J. Cornell, *The Beginnings of Rome*, London, 1995, p. 138.

<sup>11</sup> Así, por ejemplo, C. Ampolo, «Roma e il Latium vetus nel VI en el V sec. A.C.», en *Popoli e civiltà dell'Italia antica*, Roma, 1988, vol. VIII, p. 398, quien la presenta como la solución menos mala.

<sup>12</sup> Tal parece ser la opinión de T.J. Cornell, *The Beginnings of Rome*, p. 126, quien sin embargo se ve en la necesidad de situar a Numa Pompilio a finales del siglo VII y a Tulo Hostilio en torno al año 600, en correspondencia respectivamente con la construcción

cierto fundamento, uno de los elementos que más fácilmente podrían ser recordados es sin duda la lista de reyes que se sucedieron en el trono de la ciudad. No parecería por tanto aventurado conceder a los antiguos, por lo que a este punto se refiere, el beneficio de la duda, al menos hasta que se pueda disponer de algo más sólido para elaborar un nuevo cuadro. Además es posible invocar a favor de la tradición un dato en mi opinión bastante relevante y que no ha suscitado la atención que merece: la sincronía entre la fundación de Massalia y el reinado de Tarquinio Prisco que menciona Justino<sup>13</sup>. No hay duda de que este dato procede de la historiografía masaliota, lo que se inscribe perfectamente en la propuesta de Poucet de contrastar la tradición analística con fuentes ajenas a la misma. Pues bien, según estas dos tradiciones, en principio por completo independientes, Tarquinio habría reinado en Roma hacia el año 600 a.C.

Pero no se trata simplemente de los tres últimos reyes, sino que también los que les precedieron merecen cierta consideración, exceptuando naturalmente a Rómulo cuya existencia histórica es más que improbable<sup>14</sup>. Un camino apropiado para acercarse al problema lo proporcionan los mismos nombres de los reyes. Que los tres personajes en cuestión tengan *nomina* que en época histórica pertenecían a familias plebeyas (Pompilio, Hostilio, Marcio), no es razón suficiente para creer que fuesen inventadas por estas últimas para ennoblecer sus respectivos orígenes<sup>15</sup>. La lista real ya estaba confeccionada mucho antes de que tales familias gozasen de influencia para introducir una falsificación de este tipo. Para considerar esta posibilidad, habría que encontrar referentes históricos de peso en el siglo V y primera mitad del siguiente, y en este caso sólo los Marcios, a través funda-

---

de la primera Regia y de la llamada *Curia Hostilia* de acuerdo con lo que dice la tradición sobre estos dos reyes. Pero esta solución conjunta resulta absolutamente insatisfactoria.

<sup>13</sup> Iust., 43.3.4. Últimamente J. Martínez-Pinna, *Tarquinio Prisco*, pp. 19 s. Véase, no obstante, M. Sordi, «Imagene di Alessandria: uno storico ellenocentrico e filobarbaro», *ANRW*, II.30.1, 1982, pp. 780 ss.

<sup>14</sup> Los intentos recientes en sentido contrario al que se defiende aquí, surgidos sobre todo a partir de los descubrimientos arqueológicos del equipo dirigido por A. Carandini en el Palatino, no se sostienen, tanto en lo relativo a la existencia de Rómulo como a la fundación de la ciudad tal como es presentada por la tradición. Puede verse una última exposición de estas teorías en A. Carandini y R. Cappelli (eds.), *Roma. Romolo, Remo e la fondazione della città*, Roma, 2000.

<sup>15</sup> Sobre el particular, J. Heurgon, *Roma y el Mediterráneo occidental* (trad. esp.), Barcelona, 1970, p. 153.

mentalmente de C. Marcio Rutilo, podría ser válido. Sin embargo, debe tenerse en cuenta cómo los *Marcii Reges* no relacionaban su *cognonwrz* con el rey Anco, sino con M. Marcio, primer *rex sacrorum* plebeyo en el año 210 a.C.<sup>16</sup>. En peor situación se sitúan los Pompilios, puesto que Numa era ya conocido en ambientes griegos del sur peninsular a comienzos del siglo IV, cuando se formó la leyenda que le vinculaba a Pitágoras<sup>17</sup>. Pero miembros de esta familia anteriores a tales fechas sólo se conoce uno, el tribuno de la plebe del año 420 a.C., Sex. Pompilio<sup>18</sup>, demasiado intrascendente como para atribuirle la invención de Numa. En cuanto a los Hostilios, solamente empiezan a tener consistencia en la vida pública romana a partir de la segunda guerra púnica, por lo que su supuesta intervención en la confección de la lista real es nula. Existe sin embargo un dato esclarecedor en la epigrafía etrusca que no ha sobrepasado apenas el campo etruscológico. Se trata de una inscripción sobre vaso, procedente de Vulci y datada en el segundo cuarto del siglo VII, que menciona a una tal *Hustilei*, versión etrusca del *nomen* latino *Hostilia*<sup>19</sup>, lo que demuestra que contemporáneamente al reinado tradicional de Tulo Hostilio, el nombre del rey ya existía y además entre la aristocracia latina. Este hecho no puede ser despreciado y necesariamente ha de obligar a contemplar la cuestión que tratamos con otra perspectiva frente a la tradición. Y algo no muy diferente sucede con los *praenomina* reales (Numa<sup>20</sup>, Tulo, Anco), tan sumamente extraños en la onomástica romana republicana (en el caso de Anco es incluso un *unicum*) que difícilmente podrían haber sido inventados con propósitos espúreos. En síntesis, el panorama que ofrecen los nombres de los reyes es tan arcaico, que una creación artificial de los mismos hubiese

<sup>16</sup> Liv., 27.6.16; 36.5.

<sup>17</sup> Véase al respecto E. Gabba, «Considerazioni sulla formazione della tradizione letteraria sulle origini della Repubblica», en *Les origines de la République romaine*, Vandoeuvres, 1967, pp. 154 ss.

<sup>18</sup> Liv., 4.44.2. Aquí no se puede considerar naturalmente a esa vestal, condenada por incesto en el año 483 a.C., cuyo nombre varía según las fuentes, figurando como Pompilia en algún caso: cf. F. Münzer, «Opimia. 13», *RE*, XVIII, 1939, 680-681.

<sup>19</sup> *ET Vc* 2.1; G. Colonna, «Osservazioni su due iscrizioni vulcenti del VII secolo», en *La civiltà arcaica di Vulci e la sua espansione*, Firenze, 1977, pp. 79 s.

<sup>20</sup> No deja de ser un hecho singular que el mismo nombre del rey aparezca en los más antiguos textos epigráficos conocidos, tanto en ámbito latino (fibula de Praeneste: *Numasios*), como etrusco (*Numesie*). Respecto a este último. M. Cristofani, «Appunti di epigrafia etrusca arcaica. Postilla», *ASNP*, 3, 1971, 295-299.



exigido una intensa labor de investigación, algo impensable en el proceso de formación del relato analístico. Por tanto, la conclusión que debe obtenerse provisionalmente de estos datos es que los reyes de Roma que conoce la tradición analística, excepto Rómulo, pueden haber sido personajes reales, de manera que rechazar su historicidad sin motivo que lo justifique me parece pecar de ligereza metodológica<sup>21</sup>.

Este pequeña digresión sobre los reyes viene también muy a propósito sobre uno de los criterios que propone J. Poucet para el examen de la tradición, los «encuentros» o «correspondencias» entre el relato analístico y otros tipos de información. Pero ¿estamos en este caso ante una de las correspondencias que «autorisent un jugement d'authenticité ( ... ) porté sur le récit traditionnel»<sup>22</sup>? En mi opinión, la respuesta debe inclinarse con mayor fuerza hacia el lado positivo, ya que aceptar que los nombres de los reyes son auténticos, implica en gran medida reconocer en ellos una personalidad histórica. En esta misma línea, tenemos el ejemplo más próximo de P. Valerio, nombre que la tradición concede a uno de los protagonistas en la transición de la monarquía a la República y que asimismo aparece en una inscripción arcaica encontrada en Satricum. Evidentemente no hay razones suficientes para creer que se trata del mismo personaje, como bien señala Poucet<sup>23</sup> pero tampoco para rechazar la identificación y dudar de la historicidad de Publícola<sup>24</sup>. En cualquier caso, parece que no se puede negar que los Valerios tuvieron un papel destacado en los acontecimientos que marcan esa turbulenta época y que el hallazgo de la inscripción obliga a contemplar el relato analístico con otros ojos. Y creo que esta consideración puede hacerse extensiva a la totalidad del período monárquico, sin que esto signifique naturalmente echarse en brazos de la tradición.

La insistencia de J. Poucet en someter continuamente el relato de los antiguos a una prueba de veracidad está justificada, pero como todo, en

---

<sup>21</sup> A favor de la historicidad de los reyes en términos generales se pronunciaba ya G. De Sanctis, *Storia dei Romani*, vol. I, pp. 369 ss. y en fechas más recientes también E. Gjerstad, «Innenpolitische und militärische Organisation in frühromischer Zeit», *ANRW*, I. 1, 1972, pp. 153 ss.; R. Thomsen, *King Servius Tullius*, Kobenhavn 1980, pp. 29 ss.; T.J. Cornell, *The Beginnings of Rome*, pp. 119 ss. Véase asimismo M. Pallottino, *Origini e storia primitiva di Roma*, pp. 175 ss.

<sup>22</sup> J. Poucet, *Les Rois de Rome*, pp. 152 ss.

<sup>23</sup> J. Poucet, *Les Rois de Rome*, pp. 179 ss.

<sup>24</sup> Véase al respecto H. S. Versnel, en *Lapis Satricanus*, Gravenhage, 1980, pp. 128 ss.

esto también hay límites. En definitiva, Poucet parte de la premisa de que la tradición analística miente hasta que no se demuestre lo contrario por vías independientes al propio relato. Pero en realidad no tiene por que ser así, pues la misma tradición, por su propia estructura interna o través de las contradicciones que se destapan en sus diferentes versiones, ofrece muchas veces elementos de juicio suficientes para aceptar o no su condición de historia verdadera. A este respecto no está de más recordar el episodio sobre los orígenes del reinado de Servio Tulio, que el mismo Poucet comenta muy acertadamente confrontando los diferentes tipos de información<sup>25</sup>. En efecto, es evidente que el relato analístico sobre el nacimiento, formación y llegada al poder de Servio es absolutamente increíble, hasta el punto de no necesitar una demostración de falsedad: su inverosimilitud se respira por todos lados. Ante estas circunstancias, la versión etrusca de los hechos resulta mucho más atractiva y además se enmarca perfectamente en las líneas maestras que guiaban las condiciones que entonces, primera mitad del siglo VI, primaban en el mundo etrusco-latino<sup>26</sup>. Fue sin duda el intento por explicar el nombre del rey lo que forzó a inventar tan insólita historia sobre el origen servil del monarca<sup>27</sup>, que todavía se complicó más cuando el deseo de elevar a Servio a la condición de héroe suscitó la historieta de su maravillosa concepción a través del fuego, hecho que el mismo Dionisio calificaba de fantástico<sup>28</sup>.

Sin embargo, hay en el relato tradicional algunos elementos que no pueden ser desechados alegremente. Entre ellos se cuenta el lugar de nacimiento del rey, Corniculum, suficientemente extraño como para no despertar cierta curiosidad. La escasa importancia de este *oppidum*, que ver-

---

<sup>25</sup> J. Poucet, *Les Rois de Rome*, pp. 192 ss.

<sup>26</sup> La identificación entre Mastarna y Servio Tulio, sobre la cual Poucet no manifiesta una posición clara (cf. *Les Rois de Rome*, pp. 208 s.), me parece fuera de toda duda. Ante todo, no hay por qué poner en entredicho al emperador Claudio, que no hace sino trasladar lo que encuentra en fuentes etruscas. Pero además, el nombre Macstrna, que figura en las pinturas de la tumba François, es de origen latino, como lo demuestra la inscripción de Tuscania CIE 5863 (= TLE<sup>2</sup> 195 = ET AT 1.1), cuyo titular ocupó el cargo de *macstrev*, esto es magister (véase por todos G. Valditara, *Studi sul magister populi*, Milano, 1989, p. 113, n. 191). Mastarna es pues un nombre latino etrusquizado, lo que demuestra el origen de su portador.

<sup>27</sup> Así era reconocido ya por A. Schwegler, *Römische Geschichte*, Tübingen, 1853, vol. I, pp. 713 ss.

<sup>28</sup> Dion., 4.2.1.

daderamente sólo es recordado a propósito del origen de Servio, constituye quizá el aval más seguro de la veracidad de la tradición, sobre todo si se relaciona con otros dos datos. En primer lugar, el nombre de Ocrisia, la madre del rey, en una zona donde las influencias itálicas son más profundas que en cualquier otra región del Lacio durante el Siglo VI<sup>29</sup>. En segundo lugar, el *praenomen* de nuestro personaje, *Servius*, que tanto preocupó a los analistas, parece ser un nombre de implantación muy localizada, pues todos los que conocemos que lo utilizaron en época arcaica (era muy frecuente entre los Sulpicios y los Cornelios) procedían de la misma región del Lacio<sup>30</sup>. Si situamos todos estos elementos en una única secuencia, no resulta difícil concluir que Servio Tulio era un latino (nunca un etrusco), hijo de una itálica llamada Ocrisia y natural de Corniculum, datos contenidos todos en el relato analítico y que ofrecen por sí mismos no poca apariencia de historicidad. En conclusión, vemos cómo la tradición posee ciertamente una gran capacidad de inventiva, pero a la vez sabe también conservar destellos de verdad histórica, los cuales pueden emerger a la luz sin necesidad de acudir a una confirmación exacta por vía arqueológica.

Nadie puede poner en duda el extraordinario valor de la arqueología como fuente de información para los orígenes de Roma. No se trata ahora de repetir una vez más las grandes ventajas del testimonio arqueológico, pero en honor a la verdad, sí debe recordarse que ha sido gracias a la arqueología el que se haya podido avanzar en la comprensión y mejor conocimiento de esta oscura época. Pero a la vez conviene estar permanentemente alerta sobre los límites y dificultades que entraña esta documentación, como el mismo J. Poucet advierte con toda justicia<sup>31</sup>. Pese a su enorme importancia, la arqueología no es la medicina que va a curar todos nuestros males, pues su capacidad de respuesta a las cuestiones que continuamente se plantean está lejos de convertirse en absoluta. Los datos que proporciona, en todo momento valiosísimos, constituyen un testimonio mudo que es necesario interpretar, y no siempre estamos en condiciones de hacerlo correctamente. Si ante las características de la documentación existente el historiador debe aportar no pocas dosis de

<sup>29</sup> J. Martínez-Pinna, *Tarquino Prisco*, pp. 248 ss.

<sup>30</sup> Véase J. Martínez-Pinna, *Tarquino Prisco*, pp. 275 s.

<sup>31</sup> J. Poucet, *Les origines de Rome*, pp. 116 ss.; *Les Rois de Rome*, pp. 160 ss.

imaginación, ésta se transforma muchas veces en fantasía cuando se interroga al testimonio arqueológico. Y no es pertinente respaldarse en la excusa de que no se sabe formular la pregunta correcta, pues si a un dato arqueológico se le somete a un «tercer grado», invariablemente dirá todo aquello que queremos oír. Baste citar como ejemplo la situación actual de los estudios etruscológicos. En este campo se dispone de una arqueología riquísima, pero al carecer de una tradición literaria, el nivel real de conocimientos que se posee sobre la historia e importantes aspectos de la civilización etrusca está muy por debajo de lo que sabemos sobre la Roma primitiva y arcaica, pues a pesar de su aparente solidez, lo cierto es que la investigación etruscológica avanza entre tinieblas. Por tanto, coincido plenamente con A. Momigliano cuando afirma que «where there is a literary tradition, it is a safer guide to a past civilization than archaeology alone. But of course archaeology can act as an excellent control of a literary tradition»<sup>32</sup>. Sin embargo, el problema no está más que planteado, pues ¿cuándo y cómo la arqueología puede ser invocada con esta función de control de la tradición?

La arqueología utiliza unas vías de información históricas que le son propias, pues depende en definitiva de la cultura material, por lo que en numerosas ocasiones sus intereses no son coincidentes con los de la tradición literaria. De aquí se deduce una consecuencia a mi modo de ver de gran trascendencia y que influye decididamente en las condiciones de la interpretación histórica. Los datos proporcionados por la arqueología difícilmente pueden confirmar o desmentir importantes hechos que por su naturaleza, sólo pueden ser perceptibles a través de las fuentes literarias: en el mejor de los casos, ofrecerán una faceta distinta o complementaria de ese hecho, pero nunca tal como lo explica la tradición. ¿Acaso la arqueología puede confirmar o negar la historicidad de la actuación que la tradición atribuye a Numa sobre los grandes sacerdocios, las reformas de Tarquinio Prisco o la organización censitaria instituida por Servio Tulio? Y al contrario, ¿puede el texto analítico decirnos algo sobre las condiciones de la producción y del intercambio o de la articulación interna de los poblamientos en época orientalizante? Si iniciamos este camino, peligroso e incierto, de confrontación abierta entre uno y otro tipo de información bus-

---

<sup>32</sup> A. Momigliano, «An Interim Report on the Origins of Rome», *JRS*, 53, 1963, p. 108 (ahora en *Roma arcaica*, Firenze, 1988, p. 93).

cando el valor histórico de la tradición, las posibilidades de error se multiplican y, en este sentido, se pueden invocar numerosos casos donde los datos arqueológicos son manipulados o forzados a coincidir con la tradición. Quizá el ejemplo más representativo y reciente se ha suscitado con los sensacionales descubrimientos de A. Carandini en el Palatino<sup>33</sup>, inmediatamente interpretados como reflejo de la leyenda fundacional de Roma y confirmación de la veracidad sustancial del relato tradicional sobre Rómulo. Aunque no faltan voces autorizadas que se han sumado con entusiasmo a esta visión tradicionalista sobre los orígenes de Roma, son más numerosas y firmes las opiniones contrarias, pues ciertamente tal interpretación y las consecuencias que se derivan de ella no resisten una crítica rigurosa<sup>34</sup>. La presencia de tan imponente muro en el Palatino viene a destacar la importancia de esta colina en la época previa a la definición de Roma como ciudad, algo que se podía previamente intuir gracias a algunos elementos de la religión y de la toponimia arcaicas, pero en ningún momento confirma aspecto alguno de la leyenda de Rómulo. Más bien al contrario, se podría decir mejor que fue la antigua importancia del Palatino, todavía recordada en época histórica, lo que determinó la localización en ese lugar de la leyenda fundacional: en otras palabras, fue el Palatino el que atrajo a Rómulo y no éste quien proporcionó trascendencia histórica a la colina.

Pese a su apariencia totalizadora, la arqueología no ofrece sino informaciones parciales, centradas en aspectos concretos de la evidencia histórica, y que en relación a épocas primitivas, no suelen coincidir con los intereses centrales de las fuentes literarias. Por tanto, intentar de forma sistemática buscar confirmaciones por vía arqueológica al relato tradicional, es una tarea condenada casi de antemano al fracaso. La arqueología puede actuar eficazmente en esa función de control cuando se contemplan hechos globales, pero no en cuestiones de detalle. Así, y volviendo al ejemplo anterior, las investigaciones arqueológicas muestran una imagen

---

<sup>33</sup> Recientemente han visto la luz los resultados de las excavaciones en una publicación completa: A. Carandini y P. Carafa (eds.), *Palatium e Sacra via. I* (BollArch), 31-14), Roma, 1995 [2000].

<sup>34</sup> Véase en último lugar cuanto dice J. Poucet, *Les Rois de Rome*, pp. 165 ss. Por mi parte, no voy a repetir lo expuesto en otra ocasión, por lo que me permito remitir a mi artículo «Reflexiones en torno a los orígenes de Roma: a propósito de recientes interpretaciones», de próxima publicación en *Orizzonti*, 2, 2001.

de los orígenes de Roma que en nada concuerdan con la visión tradicional, demostrando la falsedad de una fundación *ex nihilo* de la ciudad. Pero a la vez hay que reconocer que el relato de los antiguos, aun sin contar con esa confrontación arqueológica, suscita las suficientes dudas en sí mismo como para rechazarlo como auténtico. En estos casos, la arqueología es de vital importancia porque proporciona un cuadro de los hechos que se ajusta a la realidad de lo que verdaderamente sucedió, pero no tanto para mostrar la inverosimilitud de una supuesta historia cuya falsedad se des-  
tapa por sí misma. Sin embargo, estos criterios no son de aplicación general, en relación a todos y cada uno de los períodos que marcan la evolución histórica de la Roma arcaica. Tomemos por ejemplo el reinado de Tarquinio Prisco, cuya cronología tradicional se extiende entre los años 616 y 578 a.C. Si acudimos al testimonio arqueológico, este período coincide con la llamada fase IVb de la cultura lacial u orientalizante reciente, y en términos generales se caracteriza, tanto en Roma como en otros muchos centros latinos, por sustanciales transformaciones arquitectónicas y urbanísticas y por una mayor presencia de la cultura material etrusca, así como por un notable descenso de riqueza en los ajueres funerarios<sup>35</sup>. ¿Sirve cualquiera de estos datos para confirmar o negar el relato tradicional sobre Tarquinio Prisco? Los puntos de contacto son a primera vista dos: el origen etrusco del rey y su política de construcción y urbanización. Sin embargo, desde una posición abiertamente agnóstica, como la que adopta J. Poucet, se llega a conclusiones negativas, pues la influencia etrusca sobre Roma no es suficiente para confirmar la llegada de Tarquinio a la ciudad en las condiciones que narra la tradición y la relación del rey con la construcción de las *tabernae veteres*, con una muralla o con un primitivo circo no está avalada por la arqueología<sup>36</sup>. Naturalmente estas conclusiones negativas son muy discutibles, pero lo que más interesa señalar ahora es que son mayoría los aspectos del reinado de Tarquinio Prisco que no encuentran reflejo en el testimonio arqueológico, sin que haya por lo demás motivos para dudar de su historicidad. En estos casos

<sup>35</sup> Sobre esta fase arqueológica, en términos generales, pueden verse C. Ampolo, en *La formazione della città nel Lacio*, *DdA*, 2, 1980, pp. 165 ss.; J.Ch. Meyer, *Pre-Republican Rome*, Odense, 1981, pp. 53 ss., y más recientemente C.J. Smith, *Early Rome and Latium*, Oxford, 1996, pp. 98 ss.

<sup>36</sup> J. Poucet, *Les Rois de Rome*, pp. 212 ss. (llegada de Tarquinio), pp. 307 s. (construcciones).

no se puede decir que se trata de una cuestión de fe en el relato tradicional, sino que más bien al contrario, el problema está en la desconfianza sistemática. En efecto, si determinados hechos que los antiguos atribuían a los reyes difícilmente pueden ser confirmados por vía arqueológica o por cualesquiera otras, ¿significa que debemos rechazarlos basándonos únicamente en que provienen de la tradición analística?

A la vista de estas reflexiones, me parece que la «convergencia de datos» puede definir un camino de interpretación bastante adecuado a las características de la documentación disponible. En otros lugares ya he tenido ocasión de exponer esta posibilidad metodológica, con algunos ejemplos pertinentes<sup>37</sup>, y frente a la cual J. Poucet, si bien en un primer momento no se muestra por completo de acuerdo, más adelante no la ve con malos ojos<sup>38</sup>. El mecanismo es sencillo. En pocas palabras, consiste en analizar críticamente la tradición literaria, no ciñéndose a la letra del relato sino al mensaje global que éste transmite, y a la vez considerar lo que en relación a esa época ofrece la documentación arqueológica, para concluir tratando de establecer una secuencia coherente con todos los datos disponibles. El resultado final no puede tener certificado completo de autenticidad, pero sí suficientes garantías para servir de base a una discusión enriquecedora, superando el diálogo de sordos en el que inevitablemente se incurre caso de prosperar posturas en exceso intransigentes. Se trata en definitiva de aplicar un método flexible, abierto a todas las posibilidades de interpretación, pero sin que ello implique un hipocritismo hacia las fuentes literarias o una fe ciega en la capacidad de información del testimonio arqueológico, y desde luego al margen de cualquier dogmatismo. Sin duda no estaremos a cubierto del error y por ello hay que tener predisposición a reconocerlo cuando llegue el caso; de igual manera, habrá campos donde no será posible penetrar, imponiéndose por tanto la necesidad de admitir nuestra ignorancia. Pero una prudencia excesiva tampoco es aconsejable, sino que ésta ha de compaginarse con la decisión, naturalmente fundamentada y nunca aventurada. Sólo así creo que podremos avanzar, aunque cautelosamente, hacia una mejor comprensión de lo que fue Roma en sus comienzos.

---

<sup>37</sup> Así, en «La tradición literaria sobre los orígenes de Roma», pp. 332 ss., o en *Tarquino Prisco*, pp. 90 ss.

<sup>38</sup> Cf. *Les Rois de Rome*, pp. 157 ss. y 213 ss.

Jacques Poucet siempre ha sido considerado un hipererítico, término que él prefiere sustituir por agnóstico<sup>39</sup>. Por ello no puede sorprender su decidida vocación hacia el método comparatista desarrollado por G. Dumézil, al que dedica un largo capítulo al final del libro, pues las conclusiones de este último sirven perfectamente a sus ideas acerca de la composición del relato tradicional y de su grado de veracidad. En ningún momento pretendo poner en duda la validez de esta perspectiva para el estudio de las mitologías indoeuropeas, pero sí me resulta difícil creer en su utilidad respecto a los orígenes de Roma. Ante todo niego la premisa mayor, esto es que como los romanos —y latinos en general— carecían de una mitología divina, trasladaron a los comienzos de su historia todas aquellas concepciones que otros pueblos recluían en el ámbito mítico<sup>40</sup>. Si acudimos a los escasísimos restos que han pervivido de la mitología latina, representados en personajes como Caco, Caeculo, Pico, Fauno, etc., muy poco se observa en ellos que verdaderamente se ajuste a los criterios de la trifuncionalidad que predicaba Dumézil. La multiplicidad de rasgos comunes que encontramos en Rómulo, Caeculo y Caco sitúa los orígenes de estos personajes en un fondo mitográfico común, donde existía un arquetipo del héroe que podemos considerar característico de la primitiva mentalidad latina, si bien algunos de sus elementos pueden tener paralelos en figuras y situaciones míticas de otras culturas<sup>41</sup>.

Pero tampoco los reyes romanos contienen en sus respectivas gestas una clara exposición de este esquema trifuncional. Así, en Rómulo cabe distinguir dos facetas, una relativa a su nacimiento y formación, que le sumerge en el primitivo mundo latino, y otra como héroe fundador, donde aparece revestido del ropaje del *oikistés* griego y a la vez representación del

---

<sup>39</sup> Véase J. Poucet, «La fondation de Rome: croyants et agnostiques», *Latomus*, 53, 1994, p. 103.

<sup>40</sup> G. Dumézil, *Mythe et épopée*, Paris, 1968, vol. I, p. 269: «Si Rome n'a pas de mythologie divine, elle a en revanche un riche ensemble de légendes concernant les grands hommes de ses origines. Une partie au moins de ces légendes ne serait-elle pas de la «mythologie humaine», attribuant à des hommes des aventures comparables, superposables même parfois à celles que le RgVeda ou l'Edda attachent à des dieux? Ainsi éclairée et orientée, l'interprétation des légendes sur les origines romaines a rapidement progressé».

<sup>41</sup> Sobre los héroes latinos, permítaseme remitir a mi trabajo «Rómulo y los héroes latinos», en *Héroes y antihéroes en la antigüedad clásica*, Madrid, 1997, 95-136.



primer rey, por tanto punto de partida de todo cuanto significaba Roma a ojos de los romanos. Además, y como bien sabe Poucet<sup>42</sup>, Rómulo es una figura compleja, que ha sufrido multitud de influencias a lo largo de toda la historia de Roma, por lo que no resulta fácil entenderlo en su totalidad desde una perspectiva única. Por otra parte, no parece que Rómulo y Numa sean dos reyes opuestos dentro de la misma función, como sostiene Dumézil<sup>43</sup> sino complementarios, pues si el primero fundó la ciudad en los aspectos urbanístico, político y social, Numa completó la fundación en el plano religioso, de igual importancia que los anteriores. Además esta supuesta dualidad requeriría cierta explicación, para lo cual no basta con invocar las sombras de Varuna y de Mitra. Por su parte, la figura de Tulo Hostilio es la que en principio mejor se adapta a la teoría de Dumézil, pues el carácter belicoso e impío que le atribuye la tradición concuerda con la función guerrera que supuestamente encarnaría. Hay que reconocer que este monarca es el menos tangible de todos cuantos componen la primera serie de reyes romanos, pues en su personalidad confluyen dos tendencias, una que le representa con la imagen del buen rey, preocupado por el derecho, el bienestar material de la ciudad y una relación justa con los dioses, y otra que destaca su vocación bélica y una actitud de cierta irreligiosidad<sup>44</sup>. ¿Cuál de ellas es la verdadera? Por último, Anco Marcio no se ajusta bien a las características de la tercera función, pues es sobre todo —en concordancia con la época que le tocó vivir— un rey guerrero, el auténtico iniciador de la expansión romana. Los argumentos que invoca Dumézil<sup>45</sup> son totalmente secundarios en la gesta del rey, pues el verdadero protagonista de tales episodios es Tarquinio Prisco; Anco es simplemente el rey que entonces gobernaba en Roma. Respecto a los monarcas de la segunda serie, sobre los cuales Dumézil renunciaba a aplicar su esquema por improcedente<sup>46</sup>, algu-

<sup>42</sup> A la composición tradicional de la figura de Rómulo ha dedicado J. Poucet interesantes trabajos: «Préoccupations érudites dans la tradition du règne de Romulus», *AC*, 50, 1981, 664-676; «L'amplification narrative dans l'évolution de la geste de Romulus», *ACD*, 17/18, 1981/82, 175-187; «L'influence des facteurs politiques dans l'évolution de la geste de Romulus», en *Scritti A. Guarino*, Napoli, 1984, vol. I, 1-10.

<sup>43</sup> G. Dumézil, *Mythe et épopée*, vol. I, p. 274.

<sup>44</sup> Puede verse una exposición somera de esta dualidad de caracteres en J. Martínez-Pinna, *Los orígenes de Roma*, Madrid, 1999, pp. 157 ss.

<sup>45</sup> G. Dumézil, *Mythe et épopée*, vol. I, pp. 280 s.

<sup>46</sup> G. Dumézil, *Mythe et épopée*, vol. III, Paris, 1973, pp. 212 ss.

nos de sus seguidores lo han intentado, pero según creo sin suficientes puntos de apoyo<sup>47</sup>.

Como respuesta a los detractores de las teorías de Dumézil, y en cierta manera a modo de excusa, recuerda J. Poucet que tales estudios no persiguen tanto un objetivo historizante como sobre todo comprender cómo se formó el relato tradicional, qué criterios determinaron su composición<sup>48</sup>. Esto es realmente una verdad a medias, puesto que tales criterios condicionan la postura frente a la tradición como fuente de conocimiento histórico. En efecto, el propio Dumézil, tras haber desgranado en el relato de los antiguos aquellos elementos que en su opinión reflejan de manera clara la ideología trifuncional que envuelve a los primeros reyes de Roma, reflexiona sobre el supuesto fundamento histórico de la tradición y parece dejar una pequeña abertura en sentido positivo tan sólo en lo que se refiere a Anco Marcio, pero en el fondo se identifica con una frase, que él mismo cita, del sinólogo M. Granet relativa a los primitivos «cinco reyes» de China: «Réels ou non, il ne reste sur eux que des données légendaires»<sup>49</sup>. Y así es realmente como Dumézil ve la historia más antigua de Roma transmitida por la tradición, un cúmulo de leyendas y fabulaciones, según lo aprecia uno de sus más activos continuadores, C. Sterckx: «L'une des découvertes majeures de ces cinquante dernières années, tant pour l'histoire proprement dite que pour l'histoire des religions, a été la lumineuse démonstration par Georges Dumézil que toutes les traditions sur les quatre premiers rois de Rome n'étaient ni des échos fiables de lointains événements réels, ni de folles légendes artistiquement forgées pour rendre à Rome ses origines perdues»<sup>50</sup>. Pero verdaderamente no podría ser de otra manera, pues en pura honestidad, si se considera que el relato tradicional no es sino la materialización pseudo-histórica de una mitología divina, ¿qué valor puede tener a efectos de una reconstrucción histórica? En el fondo, y desde la perspectiva de Dumézil, no es posible acercarse a la realidad de la Roma primitiva a partir de la tradición literaria. A la larga, esta vía de interpretación se transforma en la aplicación sistemática de un

---

<sup>47</sup> A título de ejemplo, pueden señalarse C. Sterckx, «Les sept rois de Rome et la sociogonie indo-européenne», *Latomus*, 51, 1992, 52-72; D. Briquel, «Tarquins de Rome et idéologie indo-européenne», *RHR*, 215, 1998, 369-395, 419-450.

<sup>48</sup> J. Poucet, *Les Rois de Rome*, pp. 439 ss.

<sup>49</sup> G. Dumézil, *Mythe et épopée*, vol. I, pp. 274 ss. (la cita en p. 280).

<sup>50</sup> C. Sterckx, «Les sept rois de Rome et la sociogonie indo-européenne», p. 52.

modelo que no tiene en cuenta todos los elementos del cuadro, sino que los elige de manera selectiva según su capacidad de adaptación al sistema. En este sentido, y salvando las distancias, recuerda una actitud similar asumida por un círculo de protohistoriadores que invocan el concepto de protourbano como solución al problema de los orígenes de Roma<sup>51</sup>. Este modelo es aplicado de forma sistemática en toda la Italia tirrénica, pero si no carece de interés para el estudio de los grandes centros protohistóricos etruscos, en el ejemplo concreto de Roma resulta por completo fallido al no considerar las peculiaridades del caso<sup>52</sup>, como lo demuestran además recientes hallazgos arqueológicos. De igual manera sucede con las tendencias iconologistas, que interpretan la iconografía etrusco-latina a la luz del mito griego, lo que necesariamente conduce a una *interpretatio graeca* de la propia historia de Etruria y de Roma<sup>53</sup>, lo que si bien es aceptable en relación a algunos casos concretos, no lo es tanto cuando se utiliza como criterio general. No muy diferente es en mi opinión el resultado de la aplicación del esquema de Dumézil. Este puede ser de validez discutible cuando se centra en episodios que son en sí mismos legendarios<sup>54</sup>, pero no cuando pretende transformar la historia, por manipulada y falseada que aparezca, en leyenda.

Por encima de todas las observaciones que puedan hacerse —y que sin duda son muchas—, este libro de J. Poucet tiene el indiscutible mérito de poner el dedo en la llaga, pues tras su lectura inevitablemente surge una

---

<sup>51</sup> Así, R. Peroni, *Protostoria dell'Italia continentale. La penisola italiana nell'età del bronzo e del ferro*, Roma, 1989, pp. 442 ss.; M. Pacciarelli, «Sviluppi verso l'urbanizzazione dell'Italia Tirrenica protostorica», en *La presenza etrusca nella Campania meridionale*, Firenze, 1994, pp. 245 ss.; M. Bettelli, *La città prima della città*, Roma, 1997, pp. 209 ss.

<sup>52</sup> Cf. C. Ampolo, «La nascita della città», en *Storia di Roma*, Torino, 1988, vol. I, p. 164. Muy acertadas, en mi opinión, las críticas expresadas por M. Rendeli, «Sulla nascita delle comunità urbane in Etruria meridionale», *AION*, 13, 1991, 9-45.

<sup>53</sup> A título de ejemplo, se pueden recordar las obras de F.-H. Pairault Massa, *Iconologia e politica nell'Italia antica*, Milano, 1992, y de M. Menichetti, *Archeologia del potere*, Milano, 1994.

<sup>54</sup> Recuérdese por ejemplo los increíbles episodios protagonizados por Horacio Cocles, Mucio Escévola y Clelia en los orígenes de la República, para los cuales J. Poucet (*Les Rois de Rome*, p. 152) sólo concibe una explicación a partir del esquema indoeuropeo; pero también son posibles otras interpretaciones, en parte señaladas por el propio Poucet (*Les Rois de Rome*, p. 394, n. 67). Me permito remitir acerca de esta cuestión a mi trabajo «El agua y el fuego en los héroes latinos», en *L'eau et le feu dans les religions antiques*, Paris, en prensa.

inquietud que nos lleva a reflexionar sobre la propia conducta que cada uno de nosotros ha observado en su papel de historiador de los orígenes de Roma. Aunque en ocasiones duela, la crítica abierta siempre ha de ser bien recibida, pues ayuda a corregir excesos y a adoptar una actitud más severa hacia uno mismo, demasiado propensos hacia la autocontemplación y la satisfacción ante los propios hallazgos. Estamos ante una obra honesta y sobre todo libre, tanto como lo ha sido la trayectoria profesional de su autor, quien por esta razón se ha convertido en más de una ocasión en blanco de amargas e injustas diatribas por parte de quienes se creen en posesión de la verdad. ¡Tanto peor para ellos! Pero a la vez es indudable que tras dos obras de estas características, primero *Les origines de Rome* y ahora *Les Rois de Rome*, Jacques Poucet ha adquirido el compromiso de descender a la arena y exponer cuál es, en su opinión, la situación real de nuestros conocimientos. Así lo ha asumido el autor, quien anuncia la redacción de un nuevo volumen de contenido menos teórico y más centrado en los hechos. Su aparición es desde ahora ansiosamente esperada.